

## LOS PASOS DESDE EL *TAHLI* AL *SEMANAWAK*: LOS TOPÓNIMOS NAHUAS DEL SOTAVENTO VERACRUZANO EN EL SIGLO XVI COMO ELEMENTOS EVOCADORES DEL PAISAJE CULTURAL

### THE STEPS FROM THE *TAHLI* TO THE *SEMANAWAK*: THE NAHUA PLACE NAMES OF THE VERACRUZ LEeward IN THE 16TH CENTURY AS EVOCATIVE ELEMENTS OF THE CULTURAL LANDSCAPE

**Carlos SANTIAGO GERÓNIMO**

UNIVERSIDAD DE SALAMANCA | Salamanca, España

Contacto: [carlossantiago@usal.es](mailto:carlossantiago@usal.es)

#### Resumen

En este trabajo se aborda un corpus de seis toponimias en lengua náhuatl del sur de Veracruz y la relación que tienen sus significados con su entorno. A partir del concepto de *paisaje* que propone la geografía cultural de Paul Claval y de Joan Nogué, se analizan los nominales de algunos pueblos nahuas que pueden ser rastreados en documentos del siglo XVI y XVIII. El texto se divide en cinco partes: primero, una introducción donde se explica el concepto de paisaje y su relación con el estudio de la toponimia; segundo, un breve estado de la cuestión sobre las investigaciones relacionadas con la toponimia; tercero, apartado de explicación del origen de las lenguas y las particularidades del espacio geográfico con relación a sus habitantes; cuarto, la presentación de los nominales y el análisis de éstos; y quinto, una conclusión general donde se hará un balance de todo lo expuesto. El objetivo final será mostrar la función de los nominales como evocadores del paisaje de las tierras bajas. Con esto, se contribuye a una mejor comprensión de las dinámicas sociohistóricas que los seres humanos entablan con su entorno y, en particular, cómo el sur de Veracruz posee en su

#### Abstract

This paper deals with a corpus of six Nahuatl place names from southern Veracruz and the relationship that their meanings have with their environment. Starting from the concept of *landscape*, proposed by the cultural geography of Paul Claval and Joan Nogué, the nominals of some Nahua peoples that can be traced in documents from the 16th and 18th centuries are analyzed. The text is divided into five parts: first, an introduction where the concept of landscape and its relationship with the study of toponymy is explained; second, a brief literature review on research related to toponymy; third, section of explanation of the origin of the languages and the particularities of the geographical space in relation to its inhabitants; fourth, the presentation of nominals and their analysis; and fifth, a general conclusion where a balance of everything exposed will be made. The ultimate goal will be to show the role of nominals as evocative of the lowland landscape. With this, the paper contributes to a better understanding of the sociohistorical dynamics that human beings engage in with their environment and, in particular, how southern Veracruz has

toponimia algunas cualidades relacionadas con el ámbito natural, sociohistórico y religioso.

in its toponymy some qualities related to the natural, sociohistorical, and religious environment.

**Palabras clave:** *Toponimia* || *Lingüística*  
*antropológica* || *Geolingüística* || *Lexicología*  
*histórica* || *Náhuatl* || *Arqueología del paisaje* ||  
*Nombres geográficos*

**Keywords:** *Toponymy* || *Anthropological linguistics* ||  
*Geolinguistics* || *Historical lexicology* || *Nahuatl*  
|| *Landscape archaeology* || *Geographical*  
*names*

Sobre la Tierra se tejen,  
las montañas y los ríos,  
las montañas y los ríos,  
sobre la tierra se tejen...  
Y en sus tejidos se mecen  
tus amores y los míos.  
Sobre la Tierra se tejen,  
las montañas y los ríos...  
—*Tejedoras, grupo Chéjere*

## Introducción

La historia, metáfora del tiempo, se desarrolla en el *tahli*, que desde el punto de vista de los nahuas del sur de Veracruz es la superficie terrestre habitada por los humanos, plantas y montañas. En ese plano terrenal tienen lugar las acciones de los seres vivos que a lo largo del tiempo han habitado los mismos espacios, y como vestigio de tales experiencias sobresalen los nombres de los lugares. De la condensación de los ires y venires de los habitantes del sotavento veracruzano en los caminos del tiempo y del espacio, se asoma entre los intersticios de la tradición oral el origen de los nominales de pueblos antiguos y otros que hasta hoy subsisten. Esta tradición, trastocada por el cristianismo —pero bien conservada—, refleja el *semanawak*, ese “conjunto del mundo sobrenatural no católico [...] de los dioses y seres ancestrales” de los pueblos nahuas (García de León, 2011: 78) que también se cristalizó en una serie de topónimos. Así, una geografía imaginada se sobrepone a la realidad física para crear un paisaje particular cargado de historias.

En este artículo se tiene por objetivo analizar un corpus de seis nominales en lengua náhuatl del sotavento veracruzano<sup>1</sup> —esto corresponde a los antiguos señoríos indígenas pluriétnicos del siglo xvi de Cotaxtla, Guaspaltepec, Tlacotalpan, Tuztla, Jaltepec, Cosamaloapan y Guaçaqualco (Delgado Calderón, 2004)— para evidenciar la relación que tienen sus significados con la dimensión geográfica, sociohistórica y religiosa del paisaje. Estas dimensiones las he escogido en función de una revisión previa sobre un corpus de topónimos de numerosos pueblos desaparecidos y aun existentes en el área de estudio y de los que sobresalen aquéllos que refieren a la descripción geográfica de la naturaleza, tales como *Axochita*, ‘lugar abundante de flores acuáticas’; *Cacahuatepec*, ‘en el cerro del cacao’; *Canahuactepec*, ‘en el cerro delgado’, etcétera. Pero también existen los que refieren a la acción del ser humano, es decir, de orden sociohistórico: *Cactemahco*, ‘en la ofrenda de sandalias’; *Agaltepec*, ‘cerro de canoas’; *Tecominuacán*, ‘donde los flechadores de fieras’. Por último, los de orden religioso también son muy recurrentes y evocan principalmente a divinidades acuáticas y a fauna relacionadas con el agua y la selva, como el jaguar, la serpiente, ostras y tortugas, como lo vemos con *Agoateupa*, ‘templo de la serpiente acuática’; *Chuniapan*, ‘Arroyo del chuni’ (ser sobrenatural de origen popoluca); *Iscueyacan*, ‘donde la de la falda de obsidiana’.<sup>2</sup> Los seis nombres que aquí presentaré están mejor contextualizados y son referenciados en documentación y cartografía del siglo xvi para enmarcarlos dentro de su panorama y paisaje correspondientes.

Para lograr tal meta, la investigación la fundamento principalmente en la geografía cultural de Paul Claval (1999: 162), quien piensa que la toponimia es una herencia de las culturas pasadas, es como una alfombra de nombres que cubre la superficie —el *tahli* de los nahuas— para hacerla objeto de discurso y tomar posesión de ésta, tanto real como simbólicamente. Ante este supuesto, es necesario un concepto que pueda ser operativo para analizar la relación entre los seres humanos, los nombres y el espacio. Por ello, mi trabajo se adhiere al concepto de paisaje que propone Joan Nogué (2016), pues estima que:

1 Llamo *sotavento veracruzano* a la construcción histórica y cultural que la historiografía identifica como una región particular y que circunscribe al espacio que existe entre el puerto de Veracruz y toda su costa al sur hasta los pueblos llaneros de Oaxaca y Tabasco. Véase García de León (2011) y Delgado Calderón (2004).

2 Las traducciones son proporcionadas por el lingüista Antonio García de León.

puede interpretarse como un producto social, como el resultado de una transformación colectiva de la naturaleza y como la proyección cultural de una sociedad en un espacio determinado. Las sociedades humanas han transformado a lo largo de la historia los originales paisajes naturales en paisajes culturales, caracterizados [...] también por los valores y sentimientos plasmados en el mismo. En este sentido, los paisajes están llenos de lugares que encarnan la experiencia y las aspiraciones de los seres humanos. Estos lugares se transforman en centros de significados y en símbolos que expresan pensamientos, ideas y emociones de muy diversos tipos. El paisaje, por tanto, no sólo nos muestra cómo es el mundo, sino que es también una construcción, una composición de este mundo, una forma de verlo. (11-12).

Esta idea de que el paisaje se construye no sólo desde la transformación material del espacio, sino con las proyecciones culturales que los humanos arrojan sobre él, permite entender con mayor cabalidad la relación entre las sociedades y su entorno, ya que toma en cuenta la ideología de quienes asumen el espacio como propio. Esta base ideológica es importante porque dicta cómo se percibe, administra, organiza y territorializa el espacio, creando así un paisaje. Un elemento importante de este proceso es la apropiación del espacio mediante la toponimia, ya que, como dice Claval (1999), bautizar lugares también implica guardar la memoria de los que los habitan. Tales nombres, y sobre todo los significados, evocan algunos aspectos relacionados con el entorno y las vivencias que en él se experimentaron. Por esto, los nominales pueden responder a la descripción de la geografía habitada, en otras ocasiones emulan la memoria de acontecimientos sociohistóricos (cultural y político), pero también puede haber de orden religioso. Así, ríos, montañas, sabanas, cuevas, selvas y animales toman un lugar específico dentro de la visión del mundo del grupo que se trate a fin de ir conformando una identidad vinculada al territorio. Esta forma de ver y asumir el entorno es una forma de territorializar, ya que configura todos los elementos dentro de él para construir un paisaje. Por tal, es importante el análisis de los topónimos, pues permite acceder a la forma en que los habitantes de un espacio se apropiaron de él, pero también a cómo fue la relación que establecieron con ese entorno y con ello crear un paisaje que les permitiera aglutinar elementos culturales propios y crear una identidad definida.

Según López Silvestre (2009: 9-10), Jean Robert Pitte, estudioso francés del paisaje, propone siete formas de entenderlo. Primero está el paisaje de los geólogos y físicos

que centran su atención en aspectos físico-químicos, biológicos y antrópicos en evolución; el segundo sería el de la historia rural y el desarrollo de los sistemas agrarios; el tercero es el de la historia del arte que analiza los paisajes representados; el cuarto, por su parte, sería el de la arqueología del paisaje; el quinto, el paisaje de los jardines palaciegos y que tiene sus representantes en la Escuela de Versalles; mientras que el sexto es el de la historia de la literatura que resalta los paisajes poéticos; y por último el de la antropología y la geografía humana, el cual tiene relación con la filosofía, ya que retoma las bases de la fenomenología de la percepción de Maurice Merleau-Ponty.

A pesar de estas diferenciaciones, desde el siglo pasado autores como Carl Sauer, en Estados Unidos, y Paul Vidal de la Blache, en Francia, han propugnado por analizar la dimensión social del paisaje. Es por ello que los estudios, desde esta perspectiva, requieren una postura interdisciplinaria, como lo estima Tosco (2009: 92). Esto es con el fin de que el concepto de paisaje pueda considerarse como de naturaleza holística, es decir, que no sea excluyente de la dimensión cultural en un análisis de lo natural o viceversa. Ante la dicotomía dominante de naturaleza-cultura, la postura de los investigadores debe ser integradora para una comprensión más cabal y totalitaria —en sentido de amplitud y alcance— (Urquijo Torres y Barrera Bassols, 2009: 231). El análisis toponímico se presenta como una forma para poder llevar a cabo esa conjunción de conocimientos geográficos, históricos, lingüísticos y medioambientales, entre otros tantos. Ya desde 1925, Carl Sauer lo estimaba como la *cuarta dimensión del paisaje* (Membrado-Tena *et al.*, 2017: 192), por lo que estudiar los nombres de lugares se erige como una posibilidad de acceder a la manera en que las personas perciben, piensan y se apropian del espacio.

### **Caminos recorridos**

Ante eso, es necesario mencionar algunos estudios que ya han recorrido este camino del análisis toponímico, por ejemplo el de los ya citados Joan Carles Membrado-Tena y Emilio Iranzo-García (2017), quienes estudian un núcleo poblacional en el valle del Vinalopó, en Valencia. Margarita Fernández Mier (2006) ha hecho un análisis toponímico para estudios medievales y buscó comprender la gestación territorial de las aldeas en la alta Edad Media en Europa. En ese mismo tenor, Folgueira

Lombardero (2009) también ha visto en los topónimos una fuente de estudio histórico para observar el desarrollo territorial en el mismo periodo. Para Pascual Riesco Chueca (2010) es necesario poner atención en el mecanismo de fijación de los nombres y en la densidad toponímica para evaluar el carácter hereditario o impositivo de los nombres de lugares. De carácter teórico tenemos el estudio de Rose-Redwood *et al.* (2010), que hacen una revisión sobre los estudios y enfoques tradicionales de la toponimia y consideran la semiótica política, los estudios gubernamentales y las teorías normativas de la justicia social y resistencia simbólica como los enfoques adicionales para el análisis. Por otra parte, Peter Jordan (2012) estudia el papel de los topónimos en el proceso de creación de identidad en cuanto que se vincula también con el espacio geográfico mediante los recursos naturales, en la transformación del mismo y la construcción de identidad. Otro texto muy revelador es el de Joan Tort Donada (2019), quien dice que los topónimos son de naturaleza plural al tener tres dimensiones: la lingüística, la geográfica y la histórica. Con esto busca valorar como idóneo el análisis de los nombres de lugares para la interpretación paisajística.

En México también se ha dado importancia a los topónimos para analizar el paisaje, algunas cartografías y las territorialidades. Tenemos el caso del libro coordinado por Ignacio Guzmán Betancourt (1987) sobre el estudio de los topónimos en varias partes de México como Tabasco, Yucatán, Costa Chica, Chiapas o la Huasteca, tanto en mapas como en documentos coloniales. También Karine Lefebvre y Carlos Paredes Martínez (2017) reunieron varios trabajos de investigadores especializados para desarrollar las temáticas relacionadas con la normatividad y denominación de los lugares, los cambios toponímicos a través de la historia, los avances a partir de la toponimia en la arqueología o analizada a través de la iconografía y la cartografía colonial, el enfoque sociolingüístico y el papel de la etnohistoria y antropología en el estudio de la toponimia. Por último, Brígida von Mentz (2017) también ha insistido en la importancia que merecen los topónimos como una fuente o “puerta” para el estudio del pasado. Como se puede observar, los nombres de lugares han sido objeto de estudio para poder hacer análisis paisajísticos y también para los procesos de territorialización. Mi trabajo se centra en una región que poco se ha analizado desde esta perspectiva de análisis de los topónimos, por lo que ésta sería mi contribución principal.

## El encanto de las lenguas

Las características geográficas marcaron en gran porcentaje la forma de construir un espacio socialmente habitable a lo largo de milenios por todas las culturas que fueron asentándose en el sotavento veracruzano. A pesar de que se trata de una región llena de humedales, la han habitado a lo largo del tiempo diversas culturas que afrontaron los retos que el entorno acuático les exigía. Y es que la geografía del estado de Veracruz se caracteriza por ser una planicie costera con altitudes de 50 m s. n. m. y la cual recibe el escurrimiento de aguas provenientes del altiplano mexicano y de las sierras de Oaxaca, Chiapas y de Los Tuxtlas —por hablar de la zona sur—. Así, la mayor parte de esta gran costa se caracteriza por la presencia de humedales costeros como manglares, selvas inundables, tulares, popales, marismas, praderas de pastos marinos, lagos y lagunas “asociados a las zonas bajas y a los grandes ríos, algunos de los cuales se desbordan formando extensas zonas inundables como en el caso de los ríos Papaloapan, Coatzacoalcos, Pánuco y Tecolutla” (Moreno-Casasola *et al.*, 2010: 30). Dentro del sotavento destacan así las lagunas de Alvarado, Sontecomapan y la del Ostión, que son generadas por las aguas provenientes de la sierra oaxaqueña, chiapaneca y la de Los Tuxtlas mediante una urdimbre fluvial que lo inunda todo.

A pesar de esto, la región sur tiene una ocupación muy remota que se puede rastrear desde el 2500 a. n. e., con lo que Caso (1965) y Bernal (1991) llamaron *área metropolitana olmeca*. Tal denominación la emitieron en función de hallazgos de diferentes esculturas pétreas de grandes dimensiones en un espacio geográfico particular dominado por tierras bajas y con cuerpos fluviales desde la cuenca del Papaloapan en Veracruz, el río Jaltepec en Oaxaca y hasta el Pajonal en el actual Tabasco (Cyphers, 2012: 15-16). Desde entonces, y a lo largo del tiempo, esta área geográfica ha sido un receptáculo de personas con lenguas diferentes como el proto mixe, el proto zoque y, para el siglo XVI, el náhuatl, el zapoteco y el mixteco (Cangas y Quiñones, 1984: 119).

Las primeras dos lenguas antes enunciadas llegaron con el desarrollo de los olmecas y hasta el día de hoy mantienen una presencia en una variante descendiente como el idioma popoluca (Wichmann *et al.*, 2008: 667-683). En cambio, tanto del zapoteco y del mixteco se sabe que tuvieron presencia gracias a migraciones desde la sierra oaxaqueña hacia los señoríos de Jaltepec y de Guaspaltepec, muy cercanos a Oaxaca, y que establecieron conexiones fluviales mediante el río san Juan y a la

cuenca del Papaloapan (Delgado Calderón, 2004: 18). Por su parte, el náhuatl llegó a la región aproximadamente entre los años 700 y 800 d. n. e. —en el periodo que la historiografía mesoamericana llama Clásico— y se produjo porque en esos momentos hubo migraciones del centro de Mesoamérica hacia el sur, y de ello dan cuenta las excavaciones arqueológicas en Maticapan, en la región de Los Tuxtlas (Arnold, 2008: 69). Como consecuencia, se introdujo un prenáhuatl o náhuatl, ya que se caracteriza por la carencia del fonema /tl/. En el análisis glotocronológico realizado por García de León (1976) resultó que existe una diferencia de veinte siglos frente al náhuatl del altiplano, por lo que sugiere que esta variante es de las más antiguas, entre otras. Por esta razón, la palabra *tlalli* en el sur de Veracruz se pronunciaría “*tahli*”, eliminando la primera *l* y cambiando la segunda por una *h* que a su vez se aspira. Otro ejemplo sería *tlalocan*, del náhuatl del centro, que en el sur sonaría como “*tahlogan*”. Esta distinción es significativa ya que deja claro que la lengua náhuatl no llegó a esta región en tiempos de la Triple Alianza tenochca, sino por migraciones anteriores.

Los olmecas buscaron ganar terreno a toda esta área cubierta de agua. En la gran meseta de San Lorenzo-Tenochtitlan, entre 1800 y 1400 a. n. e., los habitantes comenzaron a rellenarla y a crear lomeríos para elevar espacios terrestres y evitar las inundaciones (Cyphers, 2018: 95). Pero para también aprovechar el agua existente se crearon rutas de navegación indígena que articularon todo un *hinterland* olmeca vinculado a San Lorenzo que englobaba una multitud de asentamientos que contaban con las vías de comunicación necesarias para la articulación sociopolítica. Ante esto, Cyphers y Zurita-Noguera (2006: 33-35) estimaron que el establecimiento de casi todos los centros urbanos y asentamientos olmecas fueron moldeados por esta condición acuática.

Asimismo, los grupos nahuas que llegarían posteriormente se sometieron a esta determinación mediada por el medio geográfico. Y esto se asevera a partir de que los arqueólogos han podido comprobar la reutilización de los asentamientos olmecas del Preclásico (2500 a. n. e. – 200 d. n. e.) en el periodo Clásico (200-900 d. n. e.) y también en el Posclásico (900-1519 d. n. e.). Durante estos dos últimos se crearon más puertos interiores y, además, los nuevos habitantes hicieron uso de las antiguas técnicas de la zona, como la de crear elevaciones para ganarle espacio a las inundaciones y obras de ingeniería relacionadas con el cultivo según el arqueólogo Alfredo Delgado Calderón (2022).



La reutilización y aprovechamiento de la arquitectura preexistentes han sido estudiados en libro coordinado por María Lourdes Hernández Jiménez (2014), donde además se comprueba arqueológicamente cómo las sociedades prehispánicas de la cuenca del Coatzacoalcos tendían a habitar las riberas de los ríos, llevando así una vida vinculada a estos cuerpos acuáticos. Ya en el siglo XVI, en un documento de 1598, las autoridades encomendaban a Joseph de Solís la visita para congregar a los pueblos que seguían estando a las orillas del río: “En el dicho día, mes y año susodicho, se dio comisión a Jusepe de Solís para ir a la rreducción de los pueblos de [...] Acayucan [...] Metzapan, Guaçaqualco, Tonalá y a los Yagualulcos [...] y los que están a las orillas del río de Guaçacualco...”<sup>3</sup> Por su parte, para la cuenca del Papaloapan, Tlacotalpan fue uno de los señoríos más importantes gracias al control del río (Aguirre Beltrán, 1992: 118). La sociabilidad de los pueblos del sotavento se encontraba estrechamente relacionada con el dominio de los cuerpos de agua para la subsistencia, para el comercio y la comunicación entre pueblos ribereños —como lo han trabajado Mariana Favila Vázquez (2016), para el caso de Veracruz, y Nicoletta Maestri (2022), para el de Tabasco—, lo cual sólo sería desarticulado ya entrado el siglo XVII por los ataques de piratas a los pueblos indígenas costeros y ribereños. Esto generó que muchos de estos asentamientos se mudaran tierra adentro (Delgado Calderón, 2022: 168-169; García de León, 2014: 94-95) llevando consigo los topónimos y, con ellos, la memoria de cada pueblo.

Pero los cuerpos de agua también tienen su vínculo con el plano religioso. Igualmente, desde época olmeca se tiene certeza de ciertos cultos a partir del hallazgo de enterramientos humanos en el Cerro Manatí, al sur de Veracruz, y otros tantos. Las evidencias escultóricas revelan una tendencia entre los olmecas por darle importancia a fauna relacionada con lo acuático, como el tiburón, patos, tortugas, lagartos y serpientes (Arnold y Budar, 2020), en tanto que, de la flora, sin duda el caso más significativo es el maíz como el elemento más representado entre estos grupos del Preclásico. En cambio, para la época Clásica que correspondería a la llegada de los pueblos de familia yutoazteca, las evidencias se reducen, pero las sobrevivientes muestran la existencia de divinidades relacionadas al agua, como Tláloc. Claro que las fuentes históricas como crónicas y relaciones nos pueden auxiliar. Así, por ejemplo, para el caso de Tlacotalpan en el siglo XVI, en la *Relación geográfica* que hace su

3 ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN, Instituciones Coloniales, Real Audiencia, Indios (058), Vol. 6, Exp. 925, año 1595.

alcalde mayor, Joan de Medina (1985), se anota que “Adoraban a una imagen que tenían esculpida en una piedra de esmeralda a manera de mujer, y éste tenían por dios. Y a esta imagen la sacaban un día en el año, y la llevaban a lavar al río y la volvían a un cu, y allí le sacrificaban una persona” (284). Aquí ya se puede observar que los pueblos nahuas establecieron una relación directa entre el culto, el rito religioso y el ámbito geográfico, lo cual me lleva a pensar que este mecanismo de apropiación del espacio mediante ritos proviene de tiempo más atrás en un largo proceso de gestación de la relación deidad-río.

A pesar de que hablamos de “nahuas del sur de Veracruz”, en realidad se conformaron varias entidades políticas diferentes en todo el sotavento. Como se apuntó anteriormente, para el siglo xvi los españoles se encontraron con varios señoríos multiétnicos e independientes entre sí en la costa: Cotaxtla, Jaltepec, Cosamaloapan, Tlacotalpan, Guaspaltepec, Tuxtla y Coatzacoalcos. Algunos de estos estuvieron aliados a los mexicas y otros no, como es el caso de Coatzacoalco. La adaptación a la geografía pudo influir en las formas de relacionarse intra- y extraterritorialmente, configurando así el comercio, la política, la economía y hasta la religión, creando identidades locales, como lo dejarán entrever los topónimos que aquí se analizarán.

A todo esto, quiero dejar claro que estamos ante una región que, como otras tantas en Mesoamérica, posee hasta el día de hoy un mosaico de lenguas indígenas que tuvieron diferentes procesos de adaptación en los espacios donde se asentaron sus hablantes, por lo que no es homogénea, sino cambiante, histórica. Lo que les une a estos grupos son las características geográficas y la forma en que se relacionaron con ellas. Ahora, algunos aspectos del entorno fluvial, de lo social y lo religioso se cristalizaron en topónimos que encapsularon los significados que las sociedades les atribuyeron a cada lugar y, con ello, resguardaron los acontecimientos del pasado y crearon una identidad vinculada a un paisaje propio.

### **La evocación del paisaje: el entorno natural, histórico-social y religioso**

Nogué (2016) dice que “los paisajes están llenos de lugares que encarnan la experiencia y las aspiraciones de los seres humanos” (11); en ese sentido, los paisajes van

adquiriendo ciertas cargas valorativas en función de las vivencias que el grupo humano que lo habita tiene dentro del mismo. “El término ‘experiencia’ se refiere a la totalidad de nuestras relaciones con el mundo: sensaciones, percepciones, emociones, pensamiento” (Nogué i Font, 1985: 99). Por lo tanto, nombrar cosas no es un acto del azar, sino que se hace desde la subjetividad de los habitantes que son quienes le otorgan ciertos valores a determinados espacios experimentados y conocidos, como se podrá observar a continuación.

El primer ámbito sería el de la descripción geográfica del entorno natural. Don Gonzalo Aguirre Beltrán (1992: 184), estudioso de Tlacotalpan, dice que no se puede fechar ni estimar el momento de la primera ocupación de la isla que lleva ese nombre. Sin embargo, también resalta que la mayoría de los pueblos cercanos, que eran cabeceras, estaban asentados en la confluencia de los ríos más importantes, tales como Tuxtepec, entre los ríos Santo Domingo y Tonto, o Atetitla y Cosamaloapan, entre el Papaloapan y el Obispo. Así, Tlacotalpan se encuentra donde concurre el Papaloapan y el Michapan. El significado de su nombre ha tenido también sus etapas de confusión, ya que algunos nahuatlato proponían que éste era ‘tierra de jarrillas’ o incluso ‘tierra de esclavos’ (Aguirre Beltrán, 1992: 186). Pero en el siglo XVI se anotaba su significado como ‘tierra en medio’ o ‘tierra partida’, según su alcalde mayor, Joan de Medina, que lo asentaba así en su *Relación del Partido de Tlacotalpan* de 1580 (Medina, 1985: 283). ¿De dónde proviene su nombre? El propio Medina dirá: “y así, está hecha una isla”. Aguirre Beltrán (1992) cita una carta de 1601 de los indios del pueblo para evitar ser congregados donde describieron su paisaje y dijeron el significado del topónimo: “está el dicho pueblo de Tlacotalpan en el comedio de las dichas provincias y donde se juntan los ríos, que el mismo nombre y vocablo de dicho pueblo quieren decir en el comedio de la tierra” (187). La referencialidad a la que apela es la del medio natural, pero también podría tener una connotación “mística”, en palabras de Aguirre Beltrán (1992: 188). La validez del significado que refiere a la isla se puede corroborar con el mapa de Francesco Stroza Gali, el cual permite ver cómo este pueblo era una isla en medio del río Papaloapan. En la Figura 1 no sólo se puede observar que el nombre guarda mucha relación con la geomorfología de la región y al lugar en el que estaba asentado el pueblo, sino también la clara tendencia de los pueblos indígenas por asentarse cerca de los cuerpos de agua.

**Figura 1**  
**Descripción del pueblo de Tlacotalpa y su jurisdicción,**  
**en el obispado de Tlaxcala [5 de febrero de 1580]**



*Nota:* Aquí se observa a Tlacotalpan en forma de isla dividiendo al río Papaloapan. Tomado de Biblioteca Digital Real Academia de la Historia, número de registro 01146 (Licencia: Public Domain Mark 1.0)

Otro topónimo es *Oteapan*. Su existencia se puede rastrear hasta el siglo XVI mediante la *Relación de la Villa del Espíritu Santo* que hiciera el alcalde mayor Suero de Cangas y Quiñones (1984). Su significado, ‘río del camino’, hace referencia sobre todo al medio acuático al identificar el cauce fluvial como una vía de comunicación. A pesar de que hoy en día este municipio no se encuentra al lado de un río, es menester saber que fue víctima, como otros tantos, de los ataques de piratas en el siglo XVII. Por esto, muchos asentamientos indígenas migraron a tierra adentro llevando consigo sus nombres, como Pichocalco y Cosoliacac, que estaban en la costa del hoy Tabasco y se mudaron, el primero para Chiapas y el segundo para Veracruz.

Pero volviendo a *Oteapan*, su ubicación original estaba al lado del río Uxpanapa, y de eso queda como prueba un documento de 1593:

Don Luis de Velasco. Por quanto Pe[d]ro Díaz de Agüero, Procurador General de los Indios de esta Nueva España, por los del pueblo de San Francisco *Oteapa* de la Provincia de Guazaqualco, me ha hecho relación que estando los dichos Yndios poblados en la ribera del río que viene de Teguntepeque distante a la dicha provincia y ser el río caudaloso son compelidos por la Justicia a que den, como en efecto dan de servicio en cada una semana, una yndia de servicio y un yndio por lo que reciben gran vexación por no aver más de doce yndios en el dicho pueblo.<sup>4</sup>

Que el nombre resguarde este rasgo geográfico no es gratuito en una zona donde lo predominante son justamente ríos. En 1580 el alcalde mayor de la Villa del Espíritu Santo, Suero de Cangas y Quiñones (1984), apuntó en su *Relación* que “y a la Villa de Tecuntepeque, junto a la Mar del sur, sesenta y cinco leguas: vase en canoa el río arriba. Son las leguas desta tierra ordinarias y, por respeto de las ciénegas y ríos que hay, son los caminos torcidos y, en tiempo de aguas, son trabajosos” (117). Es decir, que el río Coatzacoalcos era la vía para llegar a Tehuantepec, por lo que queda constancia del uso del río como medio de comunicación. Es más, en otro capítulo dirá “que los puertos y desembarcaderos que hay en esta provincia son: este río de Coatzacoalco, y el río de Tonalá y el de el Agualulco, y la laguna que dicen de Minzapa” (Cangas y Quiñones, 1984: 124-125).

En un mapa del siglo XVIII los caminos y ríos se dibujan indistintamente, y se puede ver que Oteapan ya está en su sitio actual, cuya mudanza debió ser en la segunda mitad del siglo XVII, cuando los piratas se internaban río arriba para atacar y saquear a estos pueblos (Figura 2). La cabecera dejó de ser la Villa del Espíritu Santo y el pueblo de Acayucan tomó ese papel, como se puede notar en la Figura 2.

El aspecto histórico-social de los topónimos es palpable al utilizar a éstos como esos repositorios de la memoria de los colectivos, como lo estima Claval (1999). En ese sentido, es interesante cuando encontramos nominales de lugares en los cuales se rememoran batallas, conflictos y tensiones ya que dejan plasmada la rivalidad entre dos o más oponentes y la percepción que tienen sobre los vencidos o vencedores.

4 ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN, Instituciones coloniales, Real audiencia, Indios (058), Vol. 6, Primera parte, Exp. 592, f 157



*Cuylonemiquis* que en su lengua quiere decir donde mataron los putos mexicanos. (Díaz del Castillo, 2019: 201)

Y es que el señorío de Coatzacoalco, a la llegada de los españoles, era independiente de los mexicas; no se sabe si siempre fue así, pero por diversas fuentes de época tenemos tal noticia. También Fray Bernardino de Sahagún (1975), al hablar de los que habitaban esta región, dejó constancia de que tenían una identidad propia y bien definida que giraba en torno a la figura de Quetzalcóatl: “eran ricos, y no les faltaba nada de lo necesario antiguamente, se decía que eran hijos de Quetzalcóatl y así creían los antiguos que el que era próspero, rico y bien afortunado, que era conocido y amigo del dicho Quetzalcóatl” (591).

Yo considero que muy posiblemente la independencia de este señorío pudo deberse a la organización territorial que estuvo caracterizada por una red de pueblos asentados a las orillas del río para que, en el intento de incursión bélica por parte de otros grupos, como los mexicas, actuaran en defensa de su territorio y poder así controlar sus fronteras y tránsito. Díaz del Castillo (2019) ayudaría a comprobar esto cuando solicitan permiso para pasar por el río e internarse en la provincia:

Y llegamos al gran río de Guazacoalco; y enviamos a llamar a los caciques de aquellos pueblos que eran cabeceras de aquellas provincias; y estuvieron tres días que no vinieron ni enviaban respuesta, por lo cual creímos que estaban de guerra, y aun así dizque lo tenían consultado que no nos dejasen pasar el río; y después tomaron acuerdo de venir de ahí cinco días, y trajeron de comer y unas joyas de oro muy fino, y dijeron que cuando quisiéramos pasar que ellos traerían muchas canoas grandes. Y Sandoval se lo agradeció mucho y tomó consejo con algunos de nosotros si nos atreveríamos a pasar todos juntos de una vez en todas las canoas; y lo que nos pareció y aconsejamos, que primero pasasen cuatro soldados y que viesen la manera que había en un pueblezuelo que estaba junto al río, y que mirasen y procurasen de inquirir y saber si estaban de guerra, y antes que pasásemos tuviésemos con nosotros el cacique mayor, que se dice Tochel. Y así fueron los cuatro soldados y vieron todo lo que les enviamos y se volvieron a dar relación a Sandoval cómo todo

estaba de paz, y aun vino con ellos el hijo del mismo cacique Tochel, que así se decía, y trajo otro presente de oro, y aunque no de mucha valía.

Entonces le halagó Sandoval y le mandó que trajesen cien canoas atadas de dos en dos, y pasamos los caballos un día después de Pascua del Espíritu Santo; y, por acortar palabras, poblamos en el pueblo que estaba junto al río, y era muy bueno para el trato de la mar, porque está el puerto de allí cuatro leguas el río abajo; y pusimos nombre la Villa de Espíritu Santo. (392-393)

Como se observa, el dominio de la geografía y de los caminos fluviales pudo ser un punto clave para ir distinguiéndose territorialmente de otros pueblos además de crear vinculaciones a divinidades específicas. Por esto, también es permisible intuir que la lengua jugó en esta área un papel importante para distinguirse entre unos y otros al tener una variante diferente; tan es así que en la documentación colonial, al referirse al náhuatl costero, se le denomina *mexicano corrupto* en contraposición del náhuatl mayormente difundido en el valle de México.

Para continuar, el siguiente es San Pedro Acan, el cual fue un pueblo que estaba en el partido de los Aguascalcos, en lo que hoy es Tabasco. Muchos pueblos costeros como éste desaparecieron o migraron a comienzos del siglo xvii por el asedio de los piratas, como ya vimos el caso de Oteapan. Ahora bien, el nombre puede suscitar controversias, ya que en varios diccionarios de náhuatl, como el de Marc Thouvenot (2014), basado en el de Alonso de Molina del siglo xvi, la palabra *acan* se traduce como ‘en ninguna parte o lugar’, ‘ni en un lugar ni en otro’ (30). Sin embargo, como es un pueblo que desapareció, no queda más que revisar las fuentes del siglo xvi. En el expediente que se elaboró con motivo de la congregación de estos pueblos y que se encuentra en el Archivo General de la Nación, aparece la voz *guacan*<sup>5</sup> para referirse a San Pedro *Guacan*. En ese mismo expediente se encuentra una carta en náhuatl escrita por los principales de los pueblos que buscan congregar, y ahí aparece la palabra *Huacan*. En el diccionario consultado no figura ninguna entrada que refiera como tal a esta última palabra, pero sí aparece *oacan*, que remite a la entrada *acana*, que a su vez se traduce como ‘encallar el navío o barca’ (Thouvenot, 2014: 30, 228).

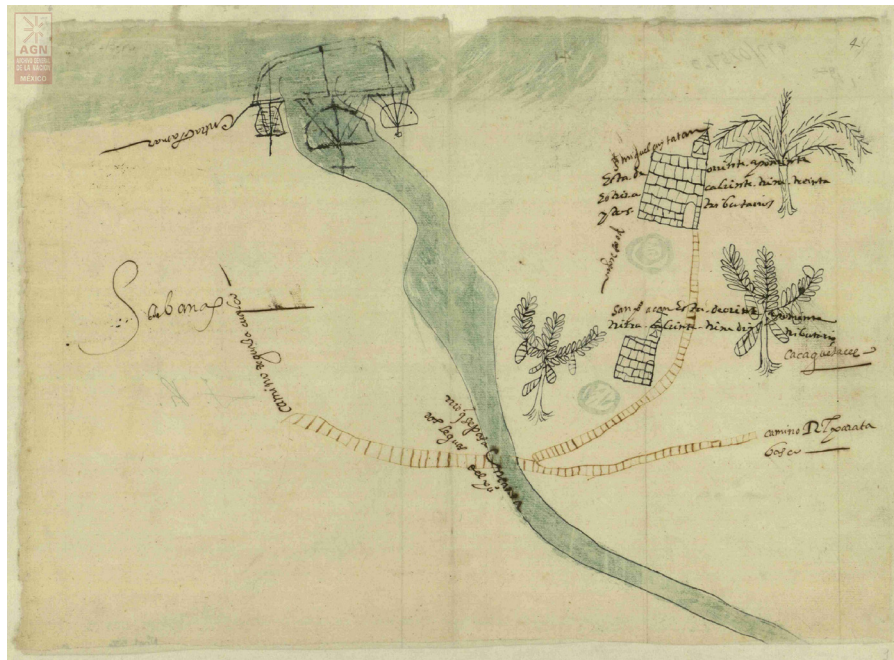
5 ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN, Instituciones coloniales, Real Audiencia, Tierras (110), Vol. 2, Exp. 11, f. 38.



El lingüista Antonio García de León<sup>6</sup> traduce *A-can* como ‘extendido en la tierra’ o ‘encallar el navío o barca’. Cuando se mira la cartografía de época es curioso que este pueblo se encuentre en una zona costera donde constantemente los barcos entraban y salían del río Tonalá, como quedó constancia en un plano incluido en la *Relación de Congregación* que elaboró en 1599 Joseph de Solís al visitar el sur la provincia de Coatzacoalco con intenciones de congregar a los Ahualulcos (Figura 3). Como se observa en este mapa, este pueblo estaba en la costa y cerca de la desembocadura de un río. La configuración de la geografía de la zona responde a un conjunto de sedimentos acumulados a lo largo de los siglos, por lo que su profundidad es relativamente baja en la línea costera (Jiménez Salas, 1990) e imposibilita la navegación de embarcaciones de gran calado, provocando naufragios constantes en la zona durante época

Figura 3

*San Miguel Cuitatan y San Pedro Acan de los Agualulcos, 1599*



Nota: Tomado del ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN, ‘Instituciones coloniales’, ‘Colecciones’, ‘Mapas, planos e ilustraciones (280)’, número de registro 536

6 Comunicación personal con el autor.

colonial. Sin embargo, la navegación mediante tecnología indígena era la que mejor se adaptaba en esta zona de aguas de poca profundidad, sobre todo para la pesca, la defensa militar, la navegación por comercio y el transporte de personas (Maestri, 2022).

Por último, están los del ámbito religioso. En el sotavento veracruzano, algunos pueblos se vinculaban al sacerdote conocido como Ce Acal Topiltzin Quetzalcóatl. La existencia de tradición oral que explica la huida del sacerdote y que lo asocia con los pueblos de la región la han documentado antropólogos como Elson (1947), Báez-Jorge (1973), García de León (1968, 1976), Delgado (2015), Münch Galindo (1983) y hasta Covarrubias Duclaud (2012). La concatenación que dicha tradición establece es que fue por el sur de Veracruz donde el sacerdote se fue navegando hacia el mar en su huida. En el valle de México, Fray Bernardino de Sahagún (1975) escribió sobre dicha huida: “Y dijo el dicho Quetzalcóatl, respondiendo a los dichos nigrománticos: En ninguna manera podéis impedir mi ida; por fuerza tengo de irme—. Y los dichos nigrománticos dijeron, preguntando al dicho Quetzalcóatl. || ¿A dónde os vais? —Y les respondió diciendo. Yo me voy hasta *Tlapallan* —” (196-197). A lo largo del sur de Veracruz también existe el correlato sobre esta huida del sacerdote:

El Moctezuma era un caudillo que tenía el poder en aquel tiempo. Tenía enemigos en su pueblo. Una vez optó por huir con sus secuaces. Venía de arriba en donde estaba su pueblo, venía arreando piedras. Quería poner un puente sobre el mar. (Mientras) sus enemigos lo perseguían para matarlo. En aquel tiempo aún no amanecía, de repente amaneció y no pudo con sus piedras. Dejó las piedras en la orilla del mar y perdió su poder. Se fue lejos sobre el agua. Y sus piedras formaron la serranía de San Martín. (García de León, 1968: 356-357)<sup>7</sup>

Es destacable cómo en el siglo pasado seguía estando presente este relato entre los habitantes más longevos que aún hablaban el náhuatl. Éstos explicaban y daban credibilidad a los relatos ya que la realidad geográfica estaba ahí para comprobar su veracidad. Para ellos, Los Tuxtlas en general fueron obra de la huida de Quetzalcóatl, y

---

<sup>7</sup> El Moctezuma chololtekoh (‘El señor de Cholula’) es como le dicen los nahuas y popolucas del sur al personaje que huye de su ciudad rumbo al mar. El relato es contado por Alfonso Rodríguez, de 70 años, quien vivía en Jáltipan, Veracruz, en 1968.

las piedras que llevaba se convirtieron en tales montañas. Así, aunado a lo que se dijo al principio del vínculo que hacía Sahagún entre este personaje divino y los del sur, lo anterior parece reforzar esa idea de que entre los pueblos nahuas del sur de Veracruz estaba muy presente la figura de esta divinidad/sacerdote.

El Tlapallan que menciona el fraile también aparece en la costa del Golfo en varias versiones. El primero sería *Tapalapan*, ‘río de tierra roja’ —hoy aún existe— cerca de Santiago Tuxtla; el otro sería *Tatayan*, ‘quemadero’, que estaba cerca de la laguna de Alvarado; por último, *Tapalan*, ‘lugar de la pintura roja’, y estaba a lado del río Coatzacoalcos, pero desapareció en el siglo XVII. Los significados hacen referencia al rojo porque este color estaba asociado con el fuego y con el Este, y a su vez se les asociaban con Tlillan Tlapallan, es decir, ‘la región negra y roja’, el espacio que se estimaba como de la sabiduría y que estaba situado al oriente, donde fue a morir Quetzalcóatl (Vela, 2018). Para sustentar la existencia de un Tapalan en el sur, se cuenta con la siguiente queja del indio Juan Andrés: “que por ser el dicho pueblo enfermo y hallarse mal en él, había pretendido irse a vivir a otro pueblo más sano. Y que no había tenido efecto por habérselo estorbado Gonzalo Hernández [Alconcher], teniente de la dicha provincia, compeliéndole a que viviese en el pueblo de *Tlapalan*, quitándole su libertad”.<sup>8</sup>

Por su parte, *Tatayan* o ‘quemadero’ se asocia con el sacerdote en algunas versiones de los relatos locales que dicen que éste se inmoló en fuego. En Jáltipan, un pueblo al sur de Veracruz, aún en el siglo pasado don Juan de Dios de la Cruz, nahua hablante, dijo que se fue “*nenga Tatayan, nenga Gowatepek*, ‘por allá por el Quemadero, por el Cerro de la Culebra’, allá por Nanchital, en la margen derecha del río [Coatzacoalcos] donde cuentan existió el antiguo pueblo de Guatepec,<sup>9</sup> el mismo rey que regó las piedras a la orilla del mar [...]” (García de León, 1996: 34). Y aunque ese Quemadero del que hablaba don Juan ya no se encuentra, sí tenemos noticia de *Tatayan*, ubicado en Guaspaltepec —rumbo a Tuxtepec—. Gracias a un mapa para solicitud de mercedes de tierra en el siglo XVI se puede palpar la existencia de este topónimo en el sotavento.

<sup>8</sup> “Al alcalde mayor de Cuatzacoalcos, para que pagando Juan Andres el tributo que es obligado a dar de un año, se le permita vivir donde le convenga. veracruz po. Tlapalan”, ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN, Instituciones Coloniales, Real Audiencia, Indios (058), Vol. 3, Exp. 343, año 1591.

<sup>9</sup> Este pueblo aparece en el mapa de Francesco Stroza Gali (Figura 5), en el que se ubica debajo de Guaçacalco.

Ahora cabe destacar que aquí, más que el significado, lo que se observa es la utilización del nombre de un lugar mítico para crear esa ascendencia divina (Figura 4).

Por último, el nombre de Guaçaqualco, que era la cabecera de la provincia del mismo nombre, nos regresa a la importancia que se le deba a las serpientes, tanto reales como divinas. Este nombre se traduce como ‘en el adoratorio de la culebra’ o, según su alcalde mayor, ‘Casa de culebras despoblada’ (Cangas y Quiñones, 1984: 115). Su ubicación era río adentro del que lleva su nombre, como lo podemos observar en el mapa de Francesco Stroza Gali de 1580 (Figura 5). Una mejor explicación la apunta el doctor Antonio García de León (2011: 205), cuando dice que:

La vocación religiosa que une a la provincia [de Coatzacualco] con el dios aparece en múltiples fuentes, en nombres de lugar aledaños a la desembocadura del río (Coatepec, Cozcapan, etcétera), así como en el hecho de que en uno de los documentos más antiguos se alude a Coatzacualco bajo su nombre “mágico” o “secreto” (*ina-hualto-ca-yo*), usando una paráfrasis: “Quetzalcoaco”, es decir, “lugar de Quetzalcóatl”.<sup>10</sup>

Por lo anterior, parece que Sahagún no estaba tan equivocado cuando decía que en toda la región del oriente los habitantes tenían una relación particular con el Quetzalcóatl sacerdote. Tal relación es palpable en los topónimos de varios pueblos del sotavento veracruzano, así como en la tradición oral de nahua hablantes en el siglo pasado, quienes aún recordaban en sus relatos en “mexicano corrupto” el paso del rey que iba huyendo. Éste es un ejemplo del uso de los topónimos como guardianes de la memoria.

## Conclusiones

Los topónimos que aquí se han analizado y cuya existencia se ha corroborado en la documentación y cartografía del siglo XVI permiten acceder a dos geografías

<sup>10</sup> La toponimia se puede encontrar en “Informaciones de oficio y parte: hecha a pedimiento de Bartolomé de Zárate, procurador de la villa del Espíritu Santo de la provincia de Coatzacoalco”, ARCHIVO GENERAL DE INDIAS, ‘México’, 203, N.18.



simultaneas: la de la realidad fenoménica y la que existe sobre ella, una geografía imaginada, la alfombra de la que hablaba Claval (1999). La clasificación de éstas según sus significados permite encontrar las temáticas recurrentes de un corpus más o menos homogéneo y, con ello, una “determinada forma de organizar y experimentar el orden visual de los objetos geográficos en el territorio” (Nogué, 2016: 12). Por ello, la correlación entre significado y el lugar que es nombrado sólo se puede entender desde un análisis histórico y paisajístico que posibilite la apertura epistemológica para asumir los nombres de lugares como fuente histórica.

Con los casos que presenté, quise mostrar ejemplos de tendencias al momento de elegir el nombre de los lugares, haciendo evidente que existen topónimos que evocan el entorno natural como *Tlacotalpan* y *Oteapan*, los cuales hacen alusión a una isla y a un río, respectivamente. Las características de la geografía costera del sotavento configuraron muchas veces los patrones de asentamiento, y es por ello que los nahuas utilizaron nombres que refirieran a tales características para apropiarse de cada espacio particular. Cuando hablamos de los nominales sociohistóricos como *Cuilonia* y San Pedro *Acan*, entendemos que éstos pueden ser usados para guardar la memoria de acontecimientos importantes o recurrentes. El primero habla de una batalla que deja entrever la diferenciación de dos identidades étnicas en un momento determinado, mientras que en el segundo es posible ver cómo los habitantes conocían bien su entorno donde las “barcas encallaban”. Y por último, el ámbito religioso también es susceptible de quedar cristalizado en los nombres de lugares. El análisis de *Tlapallan* y *Guaçaqualco* permite reforzar la idea de una identidad propia y diferenciada —como ya lo enunciaba Sahagún— de un grupo étnico asentado en un espacio particular y con divinidades propias al crear un *semanawak*, un universo propio.

Con todo lo anterior, se puede ver cómo los seres humanos perciben, se apropian e interiorizan el entorno para crear un paisaje que consolide el desarrollo de su cultura. Con el estudio de los topónimos se puede entender cómo en ellos se sintetizan la relación entre el ser humano y el entorno construyendo símbolos y lugares relevantes para quienes lo habitan. El proceso identitario se va gestando ya que “al crear y recrear los paisajes a través de los signos con mensajes ideológicos se forman imágenes y patrones de significados que permiten ejercer el control sobre el comportamiento, dado que las personas asumen estos paisajes ‘manufacturados’ de manera natural y lógica, pasando a incorporarlos a su imaginario y a consumirlos, defenderlos y

legitimarlos” (Nogué, 2016: 12). La vinculación entre uno y otro produce un sentido de pertenencia, por lo que los nombres de lugar del sotavento veracruzano cuentan una historia entretrejida, una urdimbre de pasos de los seres humanos que van desde el *tahli* y llegan hasta el *semanawak*.

## Referencias bibliográficas

- AGUIRRE BELTRÁN, Gonzalo. (1992). *Los pobladores del Papalopan: biografía de una hoya*. Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social.
- ARNOLD, Philip J., III. (2008). “Arqueología en Los Tuxtlas: un resumen”. En Lourdes Budar y Sara Ladrón de Guevara (Coords.), *Arqueología, paisaje y cosmovisión en Los Tuxtlas* (pp. 65-76). Universidad Veracruzana.
- ARNOLD, Philip J., III; BUDAR, Lourdes. (2020). “Pescado, tocado, montaña, caimán”. En Lourdes Budar y Sara Ladrón de Guevara (Eds.), *Uso y representación del agua en la costa del Golfo* (pp. 263-282). Universidad Veracruzana.
- BÁEZ-JORGE, Félix. (1973). *Los zoque-popolucas: estructura social*. Instituto Nacional Indigenista.
- BERNAL, Ignacio. (1991). *El mundo olmeca*, 2a Ed. Porrúa.
- CANGAS Y QUIÑONES, Suero de. (1984 [1580]). “Relación de la Provincia de Coatzacoalco, Villa del Espíritu Santo”. En René Acuña (Ed.), *Relaciones geográficas del siglo XVI: Antequera*, Vol. 1 (pp. 111-126). Universidad Nacional Autónoma de México.
- CASO, Alfonso. (1965). “¿Existió un imperio olmeca?”. *Memorias de El Colegio Nacional*, 5(3), 11-60.
- CLAVAL, Paul. (1999). *La geografía cultural*. Eudeba.
- COVARRUBIAS DUCLAUD, Miguel. (2012). *El sur de México*. Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas.
- CYPHERS, Ann. (2012). *Las bellas teorías y los terribles hechos: controversias sobre los olmecas del Preclásico inferior*. Universidad Nacional Autónoma de México.
- CYPHERS, Ann. (2018). *Las capitales olmecas de San Lorenzo y La Venta*. Fondo de Cultura Económica.

- CYPHERS, Ann; ZURITA-NOGUERA, Judith. (2006). “A Land That Tastes of Water”. En Lisa J. Lucero y Barbara W. Fash (Eds.), *Precolumbian Water Management: Ideology, Ritual, and Power* (pp. 33-50). The University of Arizona Press.
- DELGADO CALDERÓN, Alfredo. (2004). *Historia, cultura e identidad en el Sotavento*. Dirección General de Culturas Populares e Indígenas.
- DELGADO CALDERÓN, Alfredo. (2015). “La danza del muerto de los popolucas de la sierra de Sotapan”. *Balajú. Revista de Cultura y Comunicación de la Universidad Veracruzana*, (3), 11-22. <https://doi.org/10.25009/blj.v0i3.1977>.
- DELGADO CALDERÓN, Alfredo. (2022). *500 años de la fundación de la Villa del Espíritu Santo*. H. Ayuntamiento de Coatzacoalcos.
- DÍAZ DEL CASTILLO, Bernal. (2019 [1632]). *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, 2a Ed. Porrúa.
- ELSON, Ben. (1947). “The Homshuk: A Sierra Popoluca Text”. *Tlalocan: Revista de Fuentes para el Conocimiento de las Culturas Indígenas de México*, 2(3), 193-214. <https://doi.org/10.19130/iifl.tlalocan.1947.420>.
- FAVILA VÁZQUEZ, Mariana. (2016). *Veredas de mar y río: navegación prehispánica y colonial en Los Tuxtlas, Veracruz*. Universidad Nacional Autónoma de México.
- FERNÁNDEZ MIER, Margarita. (2006). “La toponimia como fuente para la historia rural: la territorialidad de la aldea feudal”. *Territorio, Sociedad y Poder*, (1), 35-52.
- FOLGUEIRA LOMBARDEO, Pablo. (2009). “La toponimia como fuente para el estudio del poblamiento altomedieval: posibilidades y limitaciones”. *Tiempo y Sociedad*, (1), 15-22.
- GARCÍA DE LEÓN, Antonio. (1968). “El dueño del maíz y otros relatos nahuas del sur de Veracruz”. *Tlalocan: Revista de Fuentes para el Conocimiento de las Culturas Indígenas de México*, 5(4), 349-357. <https://doi.org/10.19130/iifl.tlalocan.1968.298>.
- GARCÍA DE LEÓN, Antonio. (1976). *Pajapan: un dialecto mexicano del golfo*. Secretaría de Educación Pública; Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- GARCÍA DE LEÓN, Antonio. (1996). “Jáltipan: en busca del alma perdida”. *Son del Sur*, (3), 33-35.
- GARCÍA DE LEÓN, Antonio. (2011). *Tierra adentro, mar en fuera: el puerto de Veracruz y su litoral a Sotavento, 1519-1821*. Fondo de Cultura Económica.
- GARCÍA DE LEÓN, Antonio. (2014). *Vientos bucaneros: piratas, corsarios y filibusteros en el Golfo de México*. Era.



- GUZMÁN BETANCOURT, Ignacio (Coord.). (1987). *De toponimia... y topónimos: contribuciones al estudio de nombres de lugar provenientes de lenguas indígenas de México*. Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- HERNÁNDEZ JIMÉNEZ, María de Lourdes (Coord.). (2014). *Hallazgo arqueológico en la cuenca baja del Coatzacoalcos*. Ediciones Acapulco.
- JIMÉNEZ SALAS, Oscar H. (1990). “Geomorfología de la región de La Venta, Tabasco: un sistema fluvio-lagunar costero del cuaternario”. *Arqueología*, (3), 5-16. <https://revistas.inah.gob.mx/index.php/arqueologia/article/view/13398>.
- JORDAN, Peter. (2012). “Place Names as Ingredients of Space-related Identity”. *Oslo Studies in Language*, 4(2), 117-131. <https://doi.org/10.5617/osla.314>.
- LEFEBVRE, Karine; PAREDES MARTÍNEZ, Carlos (Eds.). (2017). *La memoria de los nombres: la toponimia en la conformación histórica del territorio. De mesoamérica a México*. Universidad Nacional Autónoma de México.
- LÓPEZ SILVESTRE, Federico. (2009). “Pensar la historia del paisaje”. En Javier Maderuelo (Dir.), *Paisaje e historia* (pp. 9-52). Abada.
- MAESTRI, Nicoletta. (2022). “Políticas y prácticas de movilidad en los primeros siglos del Tabasco novohispano: poder real e imaginario”. *Estudios de Historia Novohispana*, (66), 121-152. <https://doi.org/10.22201/iih.24486922e.2022.66.77691>.
- MEDINA, Joan de. (1985 [1580]). “Relación de Tlacotalpan y su partido”. En René ACUÑA (Ed.), *Relaciones geográficas del siglo XVI: Tlaxcala*, Tomo 1 (pp. 281-297). Universidad Nacional Autónoma de México.
- MEMBRADO-TENA, Joan Carles; IRANZO-GARCÍA, Emilio. (2017). “Los nombres de lugar como elementos evocadores del paisaje histórico. Análisis de la toponimia de los núcleos de población de la cuenca del Vinalopó”. *Investigaciones Geográficas*, (68), 191-207. <https://doi.org/10.14198/INGEO2017.68.11>.
- MENTZ, Brígida von. (2017). “Topónimos y cronología: notas sobre una puerta distinta al estudio del pasado”. *Historia Mexicana, El Colegio de México*, 67(1), 7-59. <https://doi.org/10.24201/hm.v67i1.3440>.
- MORENO-CASASOLA, Patricia; INFANTE MATA, Dulce; SÁNCHEZ VIGIL, Gerardo. (2010). *Veracruz. Tierra de ciénegas y pantanos*. Universidad Veracruzana.
- MÜNCH GALINDO, Guido. (1983). *Etnología del istmo veracruzano*. Universidad Nacional Autónoma de México.

- NOGUÉ I FONT, Joan. (1985). “Geografía humanista y paisaje”. *Anales de Geografía de la Universidad Complutense*, (5), 93-107. <https://revistas.ucm.es/index.php/AGUC/article/view/AGUC8585110093A>.
- NOGUÉ, Joan. (2016). “El paisaje como constructo social”. En Joan Nogué (Ed.), *La construcción social del paisaje* (pp. 11-24). Biblioteca Nueva.
- RIESCO CHUECA, Pacual. (2010). “Nombres en el paisaje: la toponimia, fuente de conocimiento y aprecio del territorio”. *Cuadernos Geográficos*, (46), 7-34.
- ROSE-REDWOOD, Reuben; ALDERMAN, Derek; AZARYAHU, Maoz. (2010). “Geographies of Toponymic Inscription: New Directions in Critical Place-name Studies”. *Progress in Human Geography*, 34(4), 453-470. <https://doi.org/10.1177/0309132509351042>.
- SAHAGÚN, Bernardino de. (1975). *Historia general de las cosas de la Nueva España*. Porrúa.
- THOUVENOT, Marc (con Javier Manríquez). (2014). *Diccionario náhuatl-español basado en los diccionarios de Alonso de Molina con el náhuatl normalizado y el español modernizado*. Universidad Nacional Autónoma de México.
- TORT DONADA, Joan. (2019). “Sobre el papel de la toponimia en la interpretación del paisaje: un apunte teórico”. *Erebea. Revista de Humanidades y Ciencias Sociales*, 9, 37-62. <https://doi.org/10.33776/erebea.v9i0.4027>.
- TOSCO, Carlo. (2009). “El paisaje histórico: instrumentos y métodos de investigación”. En Javier Maderuelo (Dir.), *Paisaje e historia* (pp. 89-110). Abada.
- URQUIJO TORRES, Pedro S.; BARRERA BASSOLS, Narciso. (2009). “Historia y paisaje: explorando un concepto geográfico monista”. *Andamios. Revista de Investigación Social*, 5(10), 227-252. <https://doi.org/10.29092/uacm.v5i10.175>.
- VELA, Enrique. (2018). “El rojo”. *Arqueología Mexicana*, (E80), 20-45.
- WICHMANN, Søren; BELIAEV, Dmitri; DAVLETSHIN, Albert. (2008). “Posibles correlaciones lingüísticas y arqueológicas vinculadas con los olmecas”. En María Teresa Uriarte y Rebecca B. González Lauck (Eds.), *Olmeca: balance y perspectivas. Memoria de la primera mesa redonda* (pp. 667-683). Universidad Nacional Autónoma de México; Consejo Nacional para la Cultura y las Artes; Fundación Arqueológica del Nuevo Mundo.